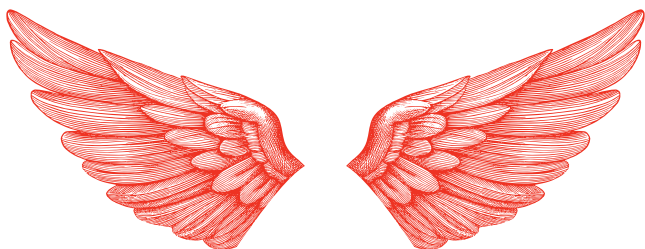


LÁSZLÓ KRASZNAHORKAI

DISCURSO EN
LA ENTREGA DEL
PREMIO NOBEL DE
LITERATURA

2025

TRADUCCIÓN DEL HÚNGARO
DE ADAN KOVACSICS



A C A N T I L A D O

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2026 by László Krasznahorkai
Con el permiso de RCW Literary Agency
© de la traducción, 2026 by Adan Kovacsics Meszaros
© de esta edición, 2026 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 979-13-87964-48-1

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *marzo de 2026*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

¡Distinguidas damas, distinguidos caballeros!

En relación con el Premio Nobel de Literatura, mi deseo era en un principio compartir con ustedes mis pensamientos sobre la esperanza, pero como la esperanza se ha agotado en mí *definitivamente*, les hablaré de los ángeles.

I

Voy y vengo pensando sobre los ángeles, ahora mismo también estoy deambulando, no crean ustedes lo que ven sus ojos, parece que estoy aquí, hablando ante un micrófono, pero no, en realidad voy dando vueltas, voy de un lado a otro y vuelvo a mi punto de partida, y así sucesivamente, de un lado a

otro sin parar, y sí, pensando sobre los ángeles, de los que ya puedo revelar que son ángeles de nuevo tipo, ya no tienen alas, esas dos alas enormes que sobresalían de sus espaldas y se extendían pesadamente más allá de las túnicas, así que ahora no cabe preguntarse ¿cómo se las arreglaría su celestial sastre, qué saber desconocido inspiraría su taller allá arriba cuando los vestía?, las dos alas estaban fuera, evidentemente fuera de su cuerpos incorpóreos, pero entonces ¿cómo sacaban las alas de esa vestidura incorpóreamente física que los envolvía con dulzura e incluso cubría las alas? y si, por el contrario, no sobresalían, ¿cómo cubría esa túnica celestial sus cuerpos junto con las alas?, ay, pobre Botticelli, pobre Leonardo, pobre Miguel Ángel, es más, ¡pobres Giotto y Fra Angelico!, pero ya da lo mismo, la pregunta se ha evaporado junto con los antiguos ángeles, ahora son nuevos, eso lo tengo claro en cuanto comienzo a dar vueltas por mi habitación, aunque ustedes sólo me ven ahora de pie ante un micrófono, afirmando

como galardonado con el Premio Nobel que mi deseo era hablar de la esperanza, pero ahora mismo no lo haré, sino que preferiré hablar de los ángeles, partiré de este punto, lo tenía ya de forma difusa en la mente cuando me puse en marcha adoptando una postura corporal meditativa en mi lugar de trabajo, que es una habitación no muy grande en una torre, de un total de cuatro por cuatro metros, de los que hay que descontar el hueco de la escalera que sube desde y descendiende a la planta baja, claro, no vayan ustedes a imaginarse una romántica torre de marfil, esa habitación de la torre, hecha con tablas de madera de abeto de lo más baratas, se alzó por encima de las demás en el extremo derecho de una casa de madera de una sola planta, porque el edificio está ubicado en un terreno inclinado, se halla encima de una colina, esto es, todo mi terreno baja en pendiente, es más, en una pendiente muy pronunciada hacia el valle, por lo cual, cuando quise construir una ampliación muy necesaria de la planta baja, sobre todo por-

que los libros tendían a ocuparlo todo, al cabo de un tiempo resultó inevitable que la habitación que había de construirse como ampliación se alzara, debido a la pendiente, en forma de torre por encima del piso de abajo, pues bien, aquí sólo hablaré de los ángeles,

y no de la esperanza,

ni tampoco de los antiguos ángeles, porque los antiguos, los alados—piensen ustedes en los más célebres, en la cantidad incommensurable de cuadros de la Anunciación en la Edad Media y el Renacimiento—, traían un mensaje, el mensaje de que quien había de nacer nacería, esos ángeles antiguos, esos mensajeros celestiales siempre llegaban con este u otro mensaje que, según la angelología, entregaban al destinatario en palabras o a veces—como en las representaciones de los siglos ix y x—leyéndolo directamente de una filacteria ondulada, o sea, que la palabra posee una importancia extraordinaria

en esa escena, pero los ángeles, en el curso de otras misiones, transmiten o, mejor dicho, transmitían mediante palabras envueltas en luz o susurradas al oído lo que el Supremo quería comunicar a su elegido, y a esos ángeles, al margen ahora de sus representaciones, no se los puede o, mejor dicho, no se los podía distinguir de sus mensajes, hasta tal punto que en realidad cabe decir que los ángeles antiguos son mensajes, que ellos mismos son el mensaje, el cual siempre parte de Aquel Al Que No Se Le Puede Suplicar, Él los envía siempre, envía a sus ángeles a nosotros que luchamos en el polvo, deambulamos condenados a las Consecuencias Imprevisibles —¡oh, qué bellos tiempos aquellos!—, en una palabra, que el ángel antiguo era un mensaje de otro a otro, un mensaje con una nueva que tenía el carácter de una instrucción o de una información, pero no pretendo ocuparme de ellos aquí ante ustedes, mientras, claro, voy dando vueltas en la habitación de la torre que, como saben, está hecha de madera barata de abeto y es casi imposible de

caldear, torre sólo por la pronunciada inclinación del terreno, en fin, que no me ocupo de ellos, de los antiguos, aunque la imagen que pervive en nuestro interior—gracias a los genios de la Edad Media y de comienzos de la Edad Moderna, desde Giotto hasta Giotto—, aunque aquellos ángeles antiguos, que merecen calificativos maravillosos, sublimes, entrañables, puedan seguir conmoviendo nuestras almas en cualquier momento, ahora y siempre, nuestras almas incapaces de creer, pues ellos fueron a lo largo de los siglos los únicos de cuyas raras apariciones podíamos deducir el Cielo y, por tanto, la dirección, que por sí sola, en cuanto dirección, construía en nuestro interior la estructura del universo, pues donde hay dirección hay también distancia, o sea, espacio, y donde hay dirección hay también distancia entre dos puntos, o sea, tiempo, y existe, por tanto, durante siglos—¡oh, durante milenios!—el mundo considerado creado, en el que estos encuentros con ellos, con los ángeles antiguos, nos proporcionaban, por tanto, la ma-

nera de percibir el arriba y el abajo decididamente como realidad, así estaría yo yendo de un lado a otro y vuelta a empezar si quisiera hablarles a ustedes de los ángeles antiguos, pero no, los ángeles antiguos ya no existen, sólo los nuevos, así que, en cuanto a mí, no estoy pensando en ello y yendo de un lado a otro y vuelta a empezar mientras me encuentro aquí ante la atención de ustedes, porque, como quizá ya he mencionado,

tenemos ángeles nuevos,

quienes, habiendo perdido sus alas, tampoco disponen de esas túnicas que los envuelvan dulcemente, andan entre nosotros con simple ropa de calle, no sabemos cuántos son, aunque, según oscura sugerencia, la cantidad es la misma, puesto que estos nuevos también aparecen fantasmalmente, una vez aquí, otra vez allá, en el mismo tipo de situaciones ante nosotros en nuestras vidas, igual que los antiguos, y de hecho resulta fácil reconocerlos si ellos quieren y no ocultan lo que

traen, resulta fácil, porque da la impresión de que entran en nuestras vidas con otro ritmo, otro compás y otra melodía, un compás distinto del que nosotros seguimos, que luchamos y deambulamos en el polvo aquí abajo, y para colmo tampoco podemos estar seguros de que estos nuevos nos lleguen desde arriba, pues desde luego ya ni siquiera parece que exista aún un arriba, como si también el arriba—junto con los ángeles antiguos—haya cedido su lugar al eterno ALGÚN LUGAR donde sólo las demenciales estructuras de los Elon Musk organizan ahora el tiempo y el espacio, de lo cual se deduce ya que mientras ustedes siguen viendo y escuchando a un anciano hablar en su ignota lengua con ocasión de la concesión del Premio Nobel, a un anciano que por supuesto continúa y viniendo precisamente en la misma habitación de la torre que no hay manera de caldear, entre tablas de madera de abeto, yendo y viniendo una y otra vez, o sea a mí, o sea a aquel que ahora acelera los pasos, como si quisiera expresar así que sus pensamientos

en torno a estos nuevos ángeles exigen otros pasos y otra velocidad a quien piensa sobre ellos, y, en efecto, al acelerar los pasos enseguida me doy cuenta de que estos nuevos ángeles no sólo no tienen alas, sino tampoco un mensaje, nada, no hacen más que estar entre nosotros, con simple ropa de calle, de incógnito si así lo desean, y luego, si quieren ser reconocidos, nos eligen, se nos acercan y en un santiamén se nos cae la venda de los ojos, se nos desprende la saburra del corazón, y se produce el encuentro, nos quedamos atónitos, vaya, si es un ángel, ellos ante nosotros, pero, ay..., no nos entregan nada, no los rodea ninguna frase ondulante, no hay luz alguna con la que puedan susurrarnos algo al oído, o sea, no dicen ni una mísera palabra, como si hubieran enmudecido, permanecen de pie y nos miran, buscan nuestra mirada, y hay en esa búsqueda una súplica, quieren que los miremos a los ojos y les demos

nosotros

un mensaje, pero nosotros no tenemos nada, solamente podríamos responder a esa mirada suplicante lo mismo que en otros tiempos, cuando aún existían preguntas, pero ahora no quedan ni preguntas ni respuestas, o sea, a ver, ¿qué tipo de encuentro es éste?, a ver, ¿qué tipo de escena celestial y terrenal?, están delante de nosotros y nos miran, y también nosotros nos quedamos parados, mirándolos, y a lo mejor ellos entienden algo, pero nosotros desde luego no entendemos nada, un mudo para el sordo, un sordo para el mudo, ¿acaso puede darse una conversación en tales condiciones, puede haber un entendimiento?, por no hablar de la significación divina, cuando de repente cualquier persona solitaria, cansada, triste y sensible, concretamente yo en este momento—si se me permite sumarme—, yo, que en apariencia estoy delante de ustedes, hablando al micrófono, pero en realidad estoy allá en lo alto, en la habitación de la torre, ya saben ustedes, la de

las tablas de madera barata de abeto, la del espantoso aislamiento térmico, o sea, cualquier persona solitaria, cansada, triste y sensible puede darse cuenta de repente de que estos nuevos ángeles con su infinita mudez quizá ya no sean ángeles, sino víctimas, víctimas en el sentido originario, sacro, y entonces cojo rápidamente mi fonendoscopio, que siempre llevo conmigo, también ahora, aquí, mientras hablo desde mi habitación en la torre, dando vueltas y más vueltas, y pongo con suma delicadeza la campana sobre su pecho, y enseguida escucho el destino, el de ellos, y me traslado entonces a un destino, siento latir allí un destino que de inmediato modifica el instante, y sobre todo el siguiente, el que yo habría tenido delante, porque no, ese instante que parecía probable que siguiera no se produce, sino uno muy distinto, un instante de conmoción y desmoronamiento se me echa encima, porque mi fonendoscopio detecta la terrible historia del ángel nuevo que tengo delante, que es víctima, que es víctima no por mor de nosotros, sino por causa de

nosotros, por todos nosotros y por causa de todos nosotros, sin alas y sin mensaje, sabedor de que hay guerra, guerra y sólo guerra, también en la naturaleza, también en la sociedad, y la guerra se libra no sólo con armas, con tormento y destrucción, que también, por supuesto, en uno de los extremos de la escala, pero se libra igualmente en el otro extremo de la escala, donde basta una sola mala palabra dirigida una vez a él, al ángel nuevo, basta un solo acto injusto, irreflexivo, indigno, basta arremeter contra el alma y contra el cuerpo, que se configuró muy de otra manera al nacer, no para esto, porque está indefenso ante una agresión, ante una infamia, ante una crueldad cínica contra su virginidad e inocencia, basta un acto, sí, pero también una sola mala palabra para herirlo por siempre, y ni con diez mil palabras podré yo repararlo, porque resulta irreparable.

¡Ah, dejemos a los ángeles!

Prefiero hablar de la dignidad humana.

Asombroso ser humano, ¿tú quién eres?

Inventaste la rueda, inventaste el fuego, descubriste que cooperar es tu única posibilidad, descubriste la necrofagia para ser el señor del mundo y dominarlo, cultivaste la mente hasta alcanzar una inteligencia portentosa, tu cerebro es tan enorme, tan enrevesado y complejo que así realmente cobraste un poder, limitado, eso sí, sobre el mundo que tú mismo nombraste mundo, llegaste a conocimientos que más tarde resultaron no ser ciertos, pero contribuyeron a tu progreso en el curso de la evolución, tu desarrollo que en apariencia avanzaba a saltos afianzó y permitió crecer tu especie sobre la Tierra, te uniste en hordas, construiste sociedades, creaste civilizaciones e incluso fuiste capaz del milagro de no extinguirte, a pesar de que la posibilidad existió, pero una vez más te mantuviste sobre los dos pies, y luego, como

homo habilis, fabricaste herramientas con piedra y supiste utilizarlas, y más adelante, ya como *homo erectus*, descubriste el fuego, y gracias a un pequeño detalle, a saber, que en tu caso, a diferencia del chimpancé, no se tocan la laringe y el paladar blando, te fue posible—en paralelo con el afinamiento del centro cerebral del habla—desarrollar el lenguaje, te sentaste con el Señor de los Cielos, si podemos creer a los capítulos silenciados del Antiguo Testamento, te sentaste con Él y fuiste dando nombre a las cosas creadas que Él te mostraba, y a continuación inventaste la escritura, pero para entonces ya eras también capaz de razonamientos filosóficos, relacionaste primero los acontecimientos y luego los separaste de tus creencias religiosas, creaste, basándote en tu experiencia, el tiempo, construiste vehículos y barcos y recorriste tierras ignotas, saqueaste todo cuanto pudiste y te diste cuenta de lo que significaba concentrar tu fuerza y tu poder, trazaste mapas de planetas considerados inalcanzables, y dejaste de creer que el Sol era un dios y que

las estrellas determinaban el destino, descubriste o, más bien, definiste la sexualidad, el papel de la mujer y del varón, y después, mucho más tarde, aunque nunca es demasiado tarde, descubriste para ellos el amor, descubriste el sentimiento, la empatía, los diferentes modos jerárquicos de adquisición del saber, y por último te echaste a volar, dejaste atrás a las aves y llegaste a la Luna y diste allí los primeros pasos, e inventaste armas con las que se puede hacer estallar la Tierra, no una, sino varias veces, inventaste ciencias sumamente flexibles gracias a las cuales el mañana adelanta y mortifica todo cuanto puede imaginarse en el presente, y creaste también el arte desde las pinturas rupestres hasta *La última cena* de Leonardo, desde el negro y mágico hechizo del ritmo hasta Johann Sebastian Bach, y finalmente, conforme al progreso histórico, muy de repente comenzaste a no creer ya en nada, y gracias a los aparatos que inventaste, aniquiladores de la imaginación, ahora sólo te queda una memoria de corto alcance, y así has abandonado el te-

ritorio noble y común del saber y de lo bello y del bien moral, y comienzas a trasladarte a una ciénaga donde se te hunden las piernas, no te muevas, ¿vas a Marte?, mejor será que no te muevas, porque te tragará el fango, te absorberá el cenagal, pero ha sido hermoso, tu camino por la evolución ha sido portentoso, aunque, por desgracia, irrepetible.

III

¡Ah, dejemos la dignidad humana!

Prefiero hablar de la rebelión.

Ya intenté hablar de ella en mi libro *El mundo gira*, pero como no quedé satisfecho vuelvo a intentarlo. A principios de la década de 1990, en una tarde húmeda y sofocante esperaba yo el metro en una de las estaciones subterráneas del U-Bahn de Berlín. Los andenes, como todos los de la red de metro berlinesa, estaban dispuestos de tal manera que, en la cabeza del tren, en la dirección de la marcha, a pocos metros de donde conti-

nuaba su viaje por el túnel, se había instalado un gran espejo con un semáforo, en parte para ayudar al maquinista a ver toda la longitud del tren, en parte para indicar dónde debía detenerse con precisión centimétrica, provisionalmente, mientras bajaban y subían los pasajeros. El espejo estaba pensado para el maquinista, claro está, y la señal en rojo indicaba el lugar exacto perpendicular a las vías en el que el maquinista debía detener el tren para gestionar de forma segura la salida y entrada de los viajeros en los vagones, para que luego, una vez concluida la operación de salida y entrada, la señal cambiara a verde y el metro pudiera ponerse de nuevo en marcha por el túnel, en mi caso rumbo a Ruhleben. Con el fin de evitar accidentes y, en general, para hacer cumplir las normas, se había instalado un letrero de advertencia y, además, se había pintado en el suelo una línea gruesa y bien visible de color amarillo que iba del poste del semáforo hasta la entrada del túnel, una línea amarilla destinada a indicar que, aunque el andén avanzaba unos

metros más, como en efecto ocurría, el viajero bajo ningún concepto debía traspasar esa línea amarilla, creando de este modo, en todas las estaciones y por lo tanto también en ésta, una zona rigurosamente prohibida entre la línea amarilla y la entrada del túnel, una zona en la que ninguna persona y, más concretamente, ningún viajero en ninguna circunstancia debía ingresar. Esperando el metro procedente de Kreuzberg de pronto me di cuenta de que en ese momento había alguien en la zona prohibida. Era un indigente que, con la espalda encorvada por el dolor, el rostro vuelto ligeramente, con ese dolor, hacia nosotros, como quien cuenta con nuestra compasión, trataba de orinar sobre las vías. Era evidente que hacer aguas le causaba un enorme sufrimiento y prácticamente sólo lograba librarse gota a gota de la orina. Para cuando acabé de entender lo que estaba ocurriendo, las personas a mi alrededor también se habían percatado de ese insólito caso que nos estaba perturbando la tarde. Inmediata y generalizada, casi palpablemente unánime,

fue la opinión de que aquello era un escándalo y de que ese escándalo debía terminar en el acto, de que el indigente debía marcharse y la validez de la línea amarilla restablecerse. No habría habido problema si el indigente hubiera conseguido acabar su trabajo y se hubiera sumado a nosotros, para subir luego por las escaleras a la planta superior, pero el indigente no terminaba, era de suponer que no podía, y lo que hizo que el suceso se volviera un problema todavía más grave fue que en el andén de enfrente apareció de pronto un policía que gritando desde allí, casi delante del indigente, conminaba con tono decidido al infractor a dejar de inmediato lo que estaba haciendo. Estas estaciones de metro—una vez más, por motivos de seguridad—están diseñadas de tal modo que los trenes que llegan de direcciones contrarias a una determinada parada y parten luego de allí están bien separados los unos de los otros, es decir, que las respectivas vías se encuentran en un foso de unos diez metros de ancho y más o menos un metro de profun-

didad, así que si un pasajero se lo pensara y quisiera pasar del andén de los trenes que van en una dirección al de los que van en la dirección contraria sólo podría hacerlo dirigiéndose a las escaleras situadas en el extremo del andén, subir a la planta superior, caminar hasta el otro lado por el pasillo que discurre por encima de las vías, bajar las escaleras y alcanzar el tren que va en la dirección a la que de pronto desearía viajar y, evidentemente, no podría hacerlo saltando sin más ni más al foso y cruzando esos diez metros de las vías, no, eso, si es posible establecer grados de prohibición, estaba aún más prohibido y, claro, era sumamente peligroso, y expongo este hecho palmario con tanto detalle porque el policía mencionado y a todas luces enfurecido, aunque manteniendo hasta cierto punto su dignidad y haciendo valer su autoridad y su buena voluntad, tuvo que tomar desde luego ese camino, es decir, dirigirse a las escaleras de su andén para subir a la planta superior, correr después hacia este lado y plantarse finalmente entre nosotros.

Ésta era la situación de partida y así se veía obligado a actuar el policía, y por eso lo primero que hizo al percatarse de lo que ocurría fue gritar unas cuantas veces con su voz profunda, pero el indigente ni siquiera le prestó atención, continuó a lo suyo, con la cabeza vuelta, fijando en nosotros una mirada que no hacía más que reflejar sufrimiento mientras seguía dejando caer gotas sobre las vías: era realmente un atentado sin parangón a las normas, al orden, a la ley y al sentido común que el indigente no atendiera a la advertencia, es decir, utilizando la expresión que probablemente habría usado el policía, hiciera oídos sordos, lo cual dolió particularmente a ese agente de las fuerzas del orden.

Como era lógico, el indigente contaba con que el policía, dada su dolorosa ventaja, sería más rápido que él y que él no podría concluir, ni a su voluntad ni a voluntad de la naturaleza, su acción prohibida a tiempo, de modo que, al percibir que el agente comenzaba a avanzar primero deprisa y luego corriendo por el andén de enfrente para alcan-

zar a través de las lejanas escaleras la planta de arriba, cruzar a toda velocidad las vías por encima y bajar como una exhalación a nuestro andén para atraparlo, él interrumpió lo que estaba haciendo con enorme dificultad, gimiendo, y emprendió la huida avanzando hacia nosotros con el fin de llegar cuanto antes a las escaleras más cercanas que conducían a la planta superior y desaparecer como fuese.

Fue una competición horrible.

Los que estábamos en nuestro andén de pronto guardamos silencio cuando el indigente se puso en marcha, porque enseguida resultó manifiesto que la huida quedaría en nada, pues al anciano indigente comenzó a temblarle todo el cuerpo, como si las piernas y el cerebro que dirigía las piernas no le funcionaran correctamente, de modo que sin dejar de observar al policía que se acercaba, ¡metro a metro!, a las escaleras que subían al otro lado, él, en nuestro andén, con un ingente esfuerzo, agitando los brazos, sólo conseguía avanzar centímetro a centímetro,

a la vez que tanto él como el policía no dejaban de mirar los diez metros que los separaban. Esos diez metros representaban para el policía el arduo tormento de un obstáculo punitivo inmerecido y para el otro, en nuestro andén, esos diez metros significaban un aplazamiento, el cual implicaba a su vez la absurda, aunque obvia confianza de poder eludir la evidente obligación de rendir cuentas. Desde el punto de vista del policía, él representaba la ley, el Bien ratificado por todos y, en consecuencia, de obligado cumplimiento frente al infractor que repudiaba lo razonable y al que todos condenaban, en una palabra, frente a lo Malo. Sí, representaba el obligado Bien, pero en ese momento era impotente, y en mi interior, mientras observaba humillado la inhumana competición de los metros contra los centímetros, mi atención se tornó afilada como una navaja y esta atención detuvo el instante. Lo detuvo en el momento en que se percataron el uno del otro, en que el buen policía vio que el mal indigente orinaba en la zona prohibida y el mal indi-

gente vio que, para su desgracia, el buen policía se había dado cuenta de ello. Había entre ambos un total de diez metros, el policía cogió su porra y antes de ponerse en movimiento se detuvo en seco, oh, había un poder infinito, pero interrumpido en ese gesto, sus músculos se tensaron dispuestos a saltar, porque por una fracción de segundo se le pasó por la mente la pregunta ¿qué sucedería si simplemente franqueara esos diez metros saltando a las vías?, mientras que en nuestro lado, todavía protegido por los diez metros, el otro, en infinito y doble desamparo, temblaba y zangoloteaba. En ese instante se detuvo mi atención, y así ha quedado hasta el día de hoy cuando pienso en la imagen del momento en que el policía, sacudiendo furioso su porra, se puso a correr hacia el indigente o, dicho de otro modo, el obligado. Bien se puso a correr hacia lo Malo que volvía a aparecer, esta vez disfrazado de indigente, es más, no sólo hacia lo Malo, sino, debido al carácter consciente y deliberado del acto, hacia el mismísimo Mal, y así, en esta esce-

na congelada, veo siempre, incluso hoy mismo, a uno que avanza aprisa, metro a metro, y luego ya corriendo y, en nuestro andén, al culpable, que avanza sólo centímetro a centímetro gimiendo, temblando, sin fuerzas y casi paralizado por el dolor, pues quién sabe cuántas gotas de orina quedaban en ese cuerpo—sí, veo que en esa carrera, el Bien,

debido a esos diez metros en total,

jamás atrapará a lo Malo, pues esos diez metros son insuperables, aunque el policía pille al indigente en el momento mismo en que el tren entra rugiendo en la estación, pues a mis ojos esos diez metros son eternos e invencibles, ya que mi atención sólo percibe que el Bien jamás alcanza al Mal, que se agita, pues entre el Bien y el Mal no existe ninguna esperanza.

Mientras el metro me llevaba rumbo a Ruhleben, no podía quitarme de la cabeza ese tem-

blor ni ese zangoloteo, y de pronto, como un rayo, cruzó por mi mente la pregunta ¿cuándo se rebelarían ese indigente y todos los parias en general y cómo sería esa rebelión? Tal vez sangrienta, tal vez despiadada, tal vez terrible, cuando el uno masacre al otro, pero luego paro, oh, no, la rebelión en la que pienso será muy diferente, porque esa rebelión se refiere al todo.

Damas y caballeros, toda rebelión se refiere al todo y ahora que estoy ante ustedes y mis pasos se han ralentizado por completo en la habitación situada en la torre de mi casa, vuelve a aparecer aquel viaje en el metro berlinés rumbo a Ruhleben. Una estación iluminada pasa tras otra, no me apeo en ninguna, desde entonces no ceso de viajar por los túneles del U-Bahn, pues no hay parada en la que pueda bajar, simplemente veo pasar las estaciones y tengo la sensación de haber pensado y dicho todo lo que pienso sobre la rebelión, sobre la dignidad humana, sobre los ángeles y, sí, quizá incluso también... sobre la esperanza.

ESTA EDICIÓN, PRIMERA, DEL
«DISCURSO EN LA ENTREGA DEL PREMIO
NOBEL DE LITERATURA», DE LÁSZLÓ
KRASZNAHORKAI, SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR EN CAPELLADES
EN EL MES DE MARZO
DEL AÑO
2026



*Otras obras del autor
publicadas en esta editorial*

MELANCOLÍA DE LA RESISTENCIA

Narrativa del Acantilado, 17

AL NORTE LA MONTAÑA, AL SUR EL LAGO,
AL OESTE EL CAMINO, AL ESTE EL RÍO

Narrativa del Acantilado, 97

GUERRA Y GUERRA

Narrativa del Acantilado, 155

HA LLEGADO ISAÍAS

Cuadernos del Acantilado, 36

Y SEIOBO DESCENDIÓ A LA TIERRA

Narrativa del Acantilado, 252

TANGO SATÁNICO

Narrativa del Acantilado, 297

RELACIONES MISERICORDIOSAS

RELATOS MORTALES

Narrativa del Acantilado, 368

EL BARÓN WENCKHEIM VUELVE A CASA

Narrativa del Acantilado, 375

de próxima publicación:

HERSCHT 07769

LA NOVELA BACHIANA DE FLORIAN HERSCHT

RELATO

Narrativa del Acantilado



Síguenos en las redes sociales

A C A N T I L A D O

ISBN 979-13-87964-48-1



9 791387 964481